

JACQUES DE BRUYNE (*In Memoriam*)

JOSÉ ANTONIO ESCUDERO

Presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

Las celebraciones navideñas de 2017 fueron bruscamente interrumpidas el 28 de diciembre por la infausta noticia del fallecimiento de nuestro colega y muy querido amigo Jacques de Bruyne. Y aunque hayan pasado algunos meses desde entonces, por la aparición en noviembre de esta Revista anual, no podemos dejar de recordar aquí, con emoción y dolor, a quien, entre otras muchas cosas, fue miembro del Consejo de Honor de nuestro Instituto de Historia de la Intolerancia (editor de esta Revista) y Académico Honorario de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de España, donde el Instituto está integrado. Y es que la muerte de Jacques ha sido desde luego lamentable para el mundo de la cultura en general, y del hispanismo en particular, pero además ha sido para nosotros, sus amigos, una irreparable desgracia.

Jacques de Bruyne fue un intelectual belga de prestigiosa y vasta proyección académica. Doctor en Derecho y en Filología Románica (con una tesis sobre Pío Baroja), y licenciado en Notariado, Ciencias Criminológicas y Derecho Marítimo, Catedrático de la Universidad de Gante, donde dirigió la Cátedra Carlos V, fue asimismo creador y director del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Amberes, tarea a la que se aplicó en cuerpo y alma durante muchos años. Su labor investigadora fue también amplia y copiosa, pero De Bruyne se consideró preferentemente un gramático («lo más mío, creo, es la gramática» –*Revista el Sol*, marzo-abril, 1996–), de lo que da fe, aparte de muchos y diversos libros y artículos, su afamada *Gramática Española* que apareció primero en neerlandés y luego en francés, inglés y alemán.

En el Instituto de Estudios Hispánicos realizó una extraordinaria labor en la que logró el concurso de los grandes escritores de habla española (Vargas Llosa, Martín Gaité, Cabrera Infante, Roa Bastos, Jorge Edwards, Francisco Umbral, Vázquez Montalbán, etc.) y de los más prestigiosos Académicos y estudiosos de nuestra lengua, y entre ellos de varios Directores de la propia Real Academia Española (Alvar, Lázaro Carreter, Blecua, García de la Concha, y quien lo es hoy, Darío Villanueva). Gracias a esta admirable y abnegada actividad universitaria, medio centenar de estudiantes belgas ha podido conocer y escuchar, curso a curso durante más de cuarenta años, a las grandes figuras de nuestra lengua. En la etapa final, ese prestigioso elenco de escritores y lingüistas se amplió con profesores de otras disciplinas, y

entre ellos algunos historiadores y juristas, con lo que el Instituto de Amberes ofreció una versión más amplia y comprehensiva de la cultura española en general.

* * *

Coincidió con Jacques de Bruyne en los años setenta en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, donde yo era secretario general y él profesor de los Cursos de Extranjeros que se celebraban en el campus de Las Llamas bajo la dirección del Académico Emilio Lorenzo. Pero realmente le traté dos décadas después con ocasión de mi estancia en el Parlamento Europeo. Coincidimos por entonces en las páginas de un libro colectivo (*Lenguas de España, lenguas de Europa*, 1994), que codirigieron los profesores Gregorio Salvador y Francisco Marsá. El libro había sido promovido por el embajador y ex ministro Carlos Robles Piquer (eurodiputado también). Carlos y yo viajábamos de vez en cuando desde Bruselas a Sint Niklaas, ciudad en la que Jacques había nacido en 1922 y en la que residió hasta su muerte. Los De Bruyne, Jacques y su encantadora esposa Dagmar, nos obsequiaban con deliciosas cenas, prolongadas en inolvidables veladas. Aquellos encuentros vespertinos fueron el comienzo de una honda amistad, fortalecida luego con ocasión de nuestros viajes al Instituto de Amberes o los de De Bruyne a España.

Las reuniones en Amberes se desarrollaban los fines de semana, y en ellas Jacques desplegaba las que a mi juicio fueron características principales de su fascinante personalidad: un don de gentes y una simpatía arrolladora con ocasión de conferencias y conversaciones, con permanentes chanzas, frases de doble sentido y bromas continuas en los varios idiomas que manejaba, y una planificación metódica, rigurosa e implacable de todo lo que hacía. Cuando uno iba a Amberes a dar las charlas, sabía con meses de antelación no sólo el horario lectivo, y por supuesto la materia a tratar, sino las horas de llegada y salida de Bélgica de los aviones y trenes, el hotel donde había que alojarse y las horas exactas de encuentro cada día en el vestíbulo del hotel, o el nombre del vino que se serviría en las cenas. Esa minuciosa previsión quedaba asegurada por el llamativo empeño de Jacques en considerar posible todo aquello que se le antojaba conveniente o deseable, y por una obstinación que a mi me recordó más de una vez la tozudez que se nos atribuye a los aragoneses. Un divertido artículo de Vargas Llosa en el diario *El País* (titulado *El hispanista*) explica las peripecias del Premio Nobel con ocasión de uno de los viajes a Amberes, resueltas siempre, en última instancia, por el optimismo sin fronteras y la capacidad de recursos del anfitrión.

Académico Correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Norteamericana de la lengua española, Jacques de Bruyne fue durante muchos años en nuestro país profesor en los Cursos de Verano de Jaca. En la época estival de los últimos años, el matrimonio solía venir a Galicia, para pasar luego una temporada en tierras de Valladolid, cerca de Simancas, y recalar finalmente en la ciudad oscense, desde donde regresaban a Bélgica. En los meses del curso académico, él era invitado por sus colegas lingüistas a distintos eventos y reuniones científicas. Pero el contacto con nosotros, con el mundo de los

historiadores del Derecho, y en concreto con el Instituto de Historia de la Intolerancia y la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, revitalizó otra dimensión suya, la jurídica, menos conocida, y que se tradujo en conferencias sobre temas diversos en las Facultades de Derecho de nuestras universidades, o en la propia Academia. Jacques fue frecuentemente profesor invitado del Colegio Universitario de Segovia, adscrito a la Universidad Complutense, hasta que ese centro desapareció absorbido por la Universidad de Valladolid. Y fue conferenciante también –en temas jurídicos e históricos– en las Facultades de Derecho de La Laguna y Las Palmas, en las islas Canarias (que el matrimonio visitaba asiduamente en invierno), y en las San Pablo-CEU y Elche, así como en las de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Dando por bien conocida su proyección científica como filólogo y estudioso de la lengua, destacaré aquí alguno de sus trabajos más relacionados con nuestro mundo histórico-jurídico. Como miembro del Instituto de Historia de la Intolerancia participó en un Congreso Internacional sobre Intolerancia e Inquisición, celebrado en Madrid y Segovia en 2004. Fruto de esa participación fue su estudio «El campo semántico de la in-tolerancia visto por un filólogo extraño» (*Intolerancia e Inquisición*, 2005, tomo II). En su aproximación a la historia del Derecho, nos dejó en el *sancta sanctorum* del *Anuario de Historia del Derecho español* (tomo LXXI, 2001) un sugestivo artículo titulado «1500-1598. Observaciones y reflexiones de un flamenco de Flandes», que es tanto un examen histórico del problema de Flandes y de la política de Carlos V y Felipe II, como una revisión y aclaración de diversos aspectos de la leyenda negra antiespañola. Finalmente, con ocasión del centenario de las Cortes de Cádiz, colaboró en el libro colectivo que tuvimos el honor de dirigir (*Cortes y Constitución de Cádiz, 200 años*, tomo II, 2011) con un trabajo que lleva por título «Sobre la Constitución por excelencia (Divagaciones diversas de un diletante dilógico)». Como puede verse, trabajos sobre temas históricos o histórico-jurídicos, pero siempre vistos por la pupila del filólogo.

Extrovertido, animador, ocurrencioso, optimista a machamartillo, dotado de exquisita ironía y bromista incansable, según anticipé, Jacques llevó su sentido lúdico a la propia tarea de investigación. Y ello tanto escribiendo sobre el humor mismo (un libro suyo se titula *El humor en el español formal*, 2009) como abordando temas con trabajos en los que el lector admira desde luego el rigor crítico y el método de investigación, pero no puede por menos que reír o sonreír por lo que lee. A este respecto, y a modo de ejemplo, recordaré un par de deliciosos trabajos suyos, en cierto sentido paralelos, que me permito recomendar a los aquejados de tristeza: «Hacia una definición de *feúcha*» (*Bulletin Hispanique*, vol. 83) y «Hacia una definición de *guapetona*» (Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 2016).

Jacques de Bruyne fue así una desbordante personalidad, vertida en lo profesional a muchos campos, algunos mencionados y otros que todavía cabría mencionar (fue, por ejemplo, coronel del Ejército del Aire). Por si fuera poco, el ilustre profesor y respetado académico fue también amante de los deportes, jugador profesional de fútbol y entusiasta practicante del tenis hasta que hizo acto de presencia la fatídica enfermedad. En consecuencia, alguien cuya amistad resultaba estimulante y enriquecedora. Él hacía a sus amigos mejores, y su ausencia, además de aflicción, nos trae espiritualmente pobreza.

Se ha ido, en fin, un gran amigo nuestro, pero además, y lo que es más importante, un gran amigo de España y de lo español, hacia lo que derrochaba siempre todo tipo de adjetivos y elogios. Un estudio suyo sobre el Quijote se titula sencillamente así: «Introducción a la lectura del mejor libro de todos los tiempos» (Amberes, 2005). España y nosotros hemos contraído con él una inmensa deuda. Querido y recordado Jacques; querida Dagmar: no sé cómo vamos a poder pagarla.